

## ¿A CUÁNTOS AMOS PUEDES SERVIR?

Por Larry Engel (Director de los Deptos. de Escuela Sabática y Actividades Laicas de la Unión Brasileña del Norte)

Manuel Paz era un muchachito de cinco años cuando su madre se enfermó de malaria y falleció. Su familia vivía junto a la ribera del río Mamuru en el interior del Estado de Amazonas, Brasil. Su padre procuró durante un año cuidar de su familia, pero era demasiado difícil, de modo que decidió dar a sus hijos. Manuel fue dado a un hombre llamado José Prata, quien se aprovechó de Manuel y lo hacía trabajar desde las tres de la mañana hasta tarde de noche. Manuel anhelaba un poco de amor. Sus modales agradables ayudaban para que no lo maltrataran más.

Cuando Manuel cumplió ocho años, José le dio un cuchillo grande y nuevo para que lo usara en su trabajo. ¡Cuán feliz y orgulloso se sentía Manuel con su cuchillo nuevo! Pero una semana después el cuchillo desapareció del hoyo del tocón del árbol que había cerca de la plantación donde él trabajaba, y en el cual él lo guardaba.

-Alguien se lo llevó -le explicó Manuel tímidamente a José.

-Yo sé que tú lo perdiste. ¡ Confíésalo! Si en una semana no lo encuentras, serás severamente castigado-amenazó José.

Los siete días pasaron demasiado rápidamente. El cuchillo no pudo encontrarse. En la mañana del octavo día se le ordenó a Manuel que entrara dentro de un cesto. Le pusieron la cabeza entre las rodillas, bajaron la tapa del cesto y la afirmaron bien. Luego colgaron el cesto de la rama de un árbol. José y su familia pasaron toda la mañana rastrillando hojas y ramitas secas y apilándolas debajo del árbol. Después del almuerzo José prendió fuego a ese montón de hojas. Manuel lloraba e imploraba desesperadamente que lo soltaran.

¿Por qué había fallecido su madre? ¿Por qué era su vida tan miserable? ¿Por qué su padre lo había dado a José?

Pasó algún tiempo antes de que el fuego alcanzara a Manuel, pero de pronto sopló una brisa, y el fuego lo alcanzó. José salió de su choza con un rifle en la mano, mirando a Manuel por el rabillo del ojo, mientras revisaba su rifle. A Manuel se le había empezado a quemar el pie izquierdo. Sabía que moriría quemado o de un tiro.

En ese momento apareció una mujer desconocida que vivía río arriba. Había oído los gritos y quería saber qué pasaba. Inmediatamente apagó el fuego, bajó el canasto, y puso en libertad a Manuel. Mirando fijamente a José le habló con toda severidad:

-Ud. no debe maltratar a este muchacho.

Luego se fue.

No se dijo nada más acerca del cuchillo perdido. Varios días más tarde un sobrino de José lo devolvió, explicando que lo había necesitado. Nadie pidió disculpa.

Después de trabajar dos años más en esas condiciones, apareció el padre de Manuel pidiendo que le devolvieran al muchacho, porque se había vuelto a casar. Manuel se sintió feliz de regresar a su hogar, pero éste no era como antes, porque su padre a menudo se embriagaba, y su madre no lo quería. Manuel tenía que trabajar mucho, pero los jóvenes del Amazonas no se quejan. El único que era amable con él era un joven que estaba cortejando a su hermana María. Este joven era un vagabundo que bebía y fumaba. Pero su vida comenzó a cambiar. Dejó de beber y de fumar, y comenzó a llevar a María a algunas reuniones que se celebraban los sábados en una iglesia protestante que estaba una media hora de viaje en canoa. La curiosidad de Manuel se despertó. Tenía que ver por sí mismo qué era aquello, de manera que fue, y siguió yendo hasta que su padre lo descubrió y lo castigó severamente para que entendiera que no debía volver nunca más a esa iglesia. ¡Pero Manuel tenía que ir! Las palabras "mañana puede ser tarde tal vez" del himno que escuchó allí seguían sonando en sus oídos. Se dio cuenta de que las imágenes que había adorado hasta ese momento no habían cambiado su vida en lo más mínimo, mientras que la vida del pretendiente de María había sido transformada.

Manuel trabajó más que nunca antes para que en los fines de semana pudiera tomarse dos días libres "para ir a pescar", de modo que su padre no sospechara que iba a la iglesia. Pero un día el novio de su hermana le dijo:

-Tú le estás mintiendo a tu padre. ¿Por qué no vuelves a hablarle? Quizás te permita ir a la iglesia. No puedes servir a dos señores.

Manuel habló con su padre, y fue severamente castigado.

Por entonces el padre de Manuel informó a su familia que se mudarían a otro lugar.

-Yo no iré -dijo Manuel.

-Entonces te castigaré otra vez -lo amenazó su padre.

Como no puedo servir a dos señores, pensó Manuel, sé a quién serviré.

La mañana en que llegó la lancha a motor para llevar todas las posesiones de la familia al lugar donde irían a vivir, Manuel juntó las pocas cosas que tenía en una bolsa de plástico, y las escondió en la selva. A la tarde, cuando todo estuvo cargado y todos estaban en el bote, Manuel dijo:

-Iré a ver si nos olvidamos de algo. Saltó del bote, corrió a la casa, saltó rápidamente por la ventana de atrás, y corrió hacia el bosque, internándose en él. Su padre lo buscó durante dos horas, pero finalmente tuvieron que irse sin él.

¡Libre por fin! ¡Libre para servir a su Maestro! Manuel permaneció durante dos días y dos noches en la selva antes de animarse a regresar para recoger sus pertenencias.

Fue bautizado Y pronto se enteró de la existencia del Instituto Adventista Agro-industrial que acababa de fundarse en el Amazonas. Podría escribirse un libro de todo lo que pasó desde su conversión. Si pudieran verlo ahora, cuatro años después de su bautismo, vestido con una camisa blanca, una corbata y pantalones oscuros, presentando el relato misionero en la escuela sabática, se llenarían de gozo como el gozo que siente su maestro.